

## OFELIA KOVACCI (1927-2001)\*

### A diez años de su muerte

José Luis Moure

El 27 de octubre pasado, poco menos de dos semanas atrás, se cumplieron diez años de la muerte de Ofelia Kovacci.

Quien revise las páginas de presentación del volumen que ese mismo año editaron en su homenaje Elvira N. de Arnoux y nuestra académica correspondiente Ángela Di Tullio<sup>1</sup> encontrará la información esencial sobre la carrera profesional y académica de Kovacci, diversamente repetida por notas necrológicas de periódicos y revistas de la especialidad de nuestro país y del extranjero. Es por ello que las palabras con que hoy deseamos recordarla no pretenden ni necesitan reiterar con exhaustividad datos y precisiones conocidos, salvo los que permitan enmarcar su figura de científica rigurosa y de impecable docente.

Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras en 1952, Ofelia Kovacci se doctoró en 1959 en la misma institución con la tesis *La pampa a través de Ricardo Güiraldes. Un intento de valoración de lo argentino*. En esa misma facultad desarrollaría una ininterrumpida carrera docente a lo largo de los cuarenta y un años que van desde 1957 hasta 1998, cuando se retiró como Profesora Extraordinaria Honoraria.

\* Comunicación leída en la sesión 1329 del 10 de noviembre de 2011, en homenaje a Ofelia Kovacci al cumplirse el décimo aniversario de su fallecimiento.

<sup>1</sup> *Homenaje a Ofelia Kovacci*. Buenos Aires: Eudeba, 2001.

Se desempeñó como investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, donde alcanzó la máxima categoría.

Realizó estudios de posgrado en la universidad de Yale y posdoctorales en la universidad de Buffalo (Estados Unidos). A lo largo de su dilatada carrera docente, dictó cursos y seminarios en numerosas universidades argentinas, que sería prolijo enumerar, en el Instituto Pedagógico Experimental de Barquisimeto (Venezuela), en la Monash University de Victoria (Australia), y en España, en la Universidad Complutense de Madrid, en la Fundación Duques de Soria y en el Curso Superior de Filología Española de Málaga. Fue expositora en variadas reuniones científicas y plenarista invitada en congresos realizados en universidades de Estados Unidos, España y Chile.

A pesar de que el nombre de Ofelia Kovacci es inescindible de la gramática como el objeto disciplinar privilegiado de sus intereses intelectuales y pedagógicos, tardía representante al fin de la escuela filológica creada por Amado Alonso en el Instituto que hoy lleva su nombre, una parte de su obra, cronológicamente inicial, está referida a temas literarios, como lo fue Güiraldes en la tesis doctoral que hemos mencionado. De su autoría son también el prólogo, selección y bibliografía del volumen que Ediciones Culturales Argentinas consagró a Adolfo Bioy Casares (1963), así como las ediciones anotadas de *Rinconete y Cortadillo*, de Miguel de Cervantes, el *Cancionero*, de Jorge Manrique, y las *Poesías completas*, de Garcilaso de la Vega, publicadas por la editorial Huemul entre 1962 y 1964, las *Rimas y escritos sobre poesía* y las *Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, publicadas por la editorial Plus Ultra en 1968. Tres artículos aparecidos en 1961 estuvieron consagrados a la obra de Alberto Girri, a ciertas notas sobre la poesía argentina contemporánea y a Federico García Lorca, este último en colaboración con Nélida Salvador.

Era preciso señalar esa primera dimensión del quehacer filológico a que Kovacci también se abocó, para volver de inmediato a la gramática como el eje indiscutido de su labor académica. Ya hemos anticipado que no haríamos detalle de su producción específica dedicada a ella. Bien conocidos y largamente aprovechados fueron los manuales de Castellano para los tres primeros años del secundario publicados

con ese título entre 1962 y 1963 por la editorial Huemul, que sobrepasaron la decena de ediciones y que fueron complementados por dos antologías de textos literarios, realizadas en colaboración con Nélida Salvador, así como los que como *Lengua y Lengua y Literatura* dio a conocer la misma editorial a comienzos de la década de 1980. Una muy útil y comprensiva tarea de actualización fue la que brindó en sus *Tendencias actuales de la gramática*, publicada en 1967 y largamente reeditada, y una sólida guía práctica la provista por los dos volúmenes de *El comentario gramatical*, que vieron la luz en España en 1990 y 1992, respectivamente.

El poco menos de medio centenar de artículos y capítulos de libros escritos por Ofelia Kovacci, doce de los cuales fueron recogidos en volumen, pueden clasificarse según tres líneas identificadas por Narvaja de Arnoux y Di Tullio en la introducción ya mencionada: las unidades de análisis y los criterios que fundamentan su delimitación, la identificación de los variados valores que pueden ofrecer estructuras formales como las correspondientes al período hipotético o la subordinación causal, y los factores lexicales vinculados con los papeles semánticos o con la categoría de la acción verbal que intervienen en la interfaz entre sintaxis y semántica.

La realidad lingüística de nuestro país, y particularmente la correspondiente a algunos aspectos de la sintaxis actual del español de Corrientes y de la región rioplatense, mereció seis artículos específicos. Su versación gramatical le valió ser convocada por la Procuración del Tesoro de la Nación para analizar y proponer una revisión del generalmente farragoso estilo de la documentación jurídica y administrativa oficial, que Kovacci volcó en el prólogo del *Manual de estilo* publicado por aquella repartición en 1998.

Entre los grupos de investigación de los que fue directora sobresalen los afectados a participar del *Estudio Coordinado de la Norma Lingüística Culta de las Principales Ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica*, concebido y promovido desde 1964 por el filólogo hispano-mexicano Juan Miguel Lope Blanch. Kovacci tuvo también a su cargo las tareas de planificación del Proyecto de Atlas Lingüístico-Antropológico de la República Argentina, enmarcado en el Plan Nacional de Alfabetización, lanzado bajo el gobierno del presidente Raúl Alfonsín.

Ofelia Kovacci fue elegida académica de número de esta Academia Argentina de Letras en 1987 y su vicepresidenta en 1995. En ese carácter, le tocó en 1999 sustituir en la presidencia de la corporación a Raúl Héctor Castagnino, fallecido ese año, cargo para el que fue finalmente elegida en 2001, y que el abrupto desenlace de una enfermedad inesperada quiso que fuera también el último de su vida.

Con apretado y certero juicio, Narvaja de Arnoux y Di Tullio ponderaron así los trabajos de Kovacci: “Todos ellos se caracterizan por la claridad expositiva, la pulcritud argumentativa [y] la coherencia teórica que, sin embargo, no excluye el aporte bibliográfico de posturas alternativas”.

La información curricular expuesta en lo que antecede permite garantizar, dentro de la precariedad de los logros humanos, la memoria de Ofelia Kovacci entre los mayores cultores de su disciplina en la Argentina. Pero confieso que si acepté el ofrecimiento de la Academia de hacerme cargo de estas modestas palabras de homenaje, lo hice para recordar a Ofelia en su dimensión humana, en su caso probablemente la más difícil de conocer y de transmitir.

Vi a Kovacci por primera vez en 1968, cuando cursé Gramática en el viejo e inexpressivo edificio de la calle Independencia. Era, junto con las introducciones a la Literatura y a la Filosofía, una de mis primeras materias de la carrera. Cuarenta y tres años después, puedo recordar con nitidez el porte elegante de aquella señora, cuidadosamente vestida, que ante una audiencia muy numerosa, con dicción clara, los silencios necesarios para eludir muletillas y una voz pausada que jamás excedía el nivel de una custodiada urbanidad, nos abrió a lo largo de un cuatrimestre el deslumbrante panorama del funcionamiento de una lengua ordenada, aséptica, claramente disponible en esquemas sintácticos precisos, en los que poco o nada quedaba sin respuesta. Nos expuso Saussure –de quien yo solo conocía el nombre, porque lo mencionaban los prólogos de los manuales secundarios de Lacau y Rossetti–, Sapir, Bloomfield, Hjelmslev (que no resultaba de intelección fácil para quienes jamás habíamos leído a los teóricos de la lingüística), y otros más reacios a permanecer en mi recuerdo. Sus clases eran pulcras, cuidadosamente preparadas y los ejemplos, tomados de fichas que nunca olvidaba, se volcaban serenamente en el gran pizarrón de aquella aula con butacas y alguna in-

oportuna columna, cuyo epíteto de magna dejaba de ser hiperbólico si solo aludía al tamaño. Me parece justo hacer constar que aquellas nociones de gramática entonces aprendidas fueron para mí definitivas y las únicas a las que recurrí para lo que habrían de ser después mis propias clases de Latín y para las necesarias referencias exigidas por las materias que después hube de dictar. Gramática castellana no es para mí Nebrija o Cuervo, sino Ofelia Kovacci.

La admiración por su calidad docente era vasta y unánime, aun por parte de quienes como yo, sobrevivientes de la palestra a menudo cruel de un colegio secundario prestigioso y exigente, preferíamos la condescendencia al elogio. Un compañero de ese colegio, que entonces cursaba Letras conmigo, me dijo un día, pensativamente, que si Ofelia no era mejor profesora se debía a su elegancia. Se refería, claro, al límite que su contención le fijaba a cualquier tentación histriónica o a algún comentario abierto desviado del tema de la clase, que acaso habría facilitado una comunicación más viva o directa con los alumnos.

Posteriormente, y a lo largo de mi desempeño universitario y como investigador del Conicet, alterné con Ofelia con frecuencia. Aceptó integrar el jurado de mi tesis de doctorado en 1992 y fue ella quien un día, para mi absoluta sorpresa, me preguntó si aceptaría que se propusiese mi presentación para integrar esta Academia. Y a poco de formar yo ya parte de la institución, fue también ella quien, con generosidad, me llamó un día para pedirme que tomase su lugar en el Segundo Congreso de la Lengua, que habría de celebrarse en 2001 Valladolid, y expusiese sobre la unidad y variación en el español de América desde el punto de vista morfosintáctico, el tema que ella se había comprometido a desarrollar. La razón para delegar aquella responsabilidad era la necesidad de internarse para someterse a unos estudios clínicos. Ese día Ofelia me entregó un libro en el que había comenzado a señalar algunos pasajes que le interesaban para la ponencia que no escribiría y que me encomendaba. Me despedí de ella sin sospechar que ya no volvería a verla. No habiendo formado nunca parte de su círculo estrecho de discípulos y colaboradores, esos gestos de confianza me intrigaban y halagaban en medida idéntica.

Una discreción severamente vigilada hacía difícil cualquier intercambio de confidencias. Fue muy poco lo que pude entrever de su vi-

da personal, y en su mayor parte por informaciones y comentarios ajenos. Melómana consecuente, era inútil esperar que asistiese a una reunión social si ese día cantaba Cecilia Bartoli en el teatro Colón. Era lectora de novelas policiales, cuyas tramas discutía a veces con otros colegas adeptos al género. Sólidamente instalada en la corriente teórica del estructuralismo saussureano, según la orientación que le imprimiera Amado Alonso, estaba convencida, a mi parecer, de que la lengua pasible y acaso digna de estudiarse es la del nivel culto, la abonada por los escritores. Tengo la impresión de que los rasgos subestandar no le resultaban simpáticos. En armonía con esa impuesta restricción del área lingüística de su interés, me confesó un día que las inclemencias de los trabajos de campo, tan caras a antropólogos y a jóvenes lingüistas entusiastas, la hacían naturalmente renuente a participar de cualquiera de ellos.

El retrato que he intentado trazar de Ofelia Kovacci podría dejar la equivocada impresión de que la frialdad o la severidad debían ser atributos de su conducta. Por el contrario, la moderación extremada de su gesto convivía con una afabilidad que pugnaba por mostrarse y que se delataba a veces en una sonrisa de plenitud infantil. Me permitiré una anécdota personal. Como cierre del acto de defensa de mi tesis de doctorado, una vez que se leyó el dictamen, quise expresar mi agradecimiento en latín; no me movía el exhibicionismo, sino la intención de celebrar en su lengua ancestral la esencia atemporal y atópica de la *universitas* que me distinguía coronando un largo proceso de estudio y aprendizaje. Ofelia me llamó después para decirme que ese momento la había puesto al borde de las lágrimas. Tengo la certeza de que la emoción era para ella una dimensión humana que no era conveniente ni deseable mostrar, acaso fiel a un mandato inmigrante (su padre era esloveno), como lo habrán sido otros que le impidieron asumir formas menos controladas de moverse e interactuar en el mundo.

Porque siempre sentí que opciones como la asumida por Ofelia Kovacci sobrellevan la penumbra recurrente de la soledad, a diez años de su desaparición, mis palabras de hoy desearían privilegiar, por sobre la memoria de la científica y de la maestra, que las bibliotecas habrán de preservar, el recuerdo de quien honró la vida con un cotidiano ejercicio de decoro.